Luces de esperanza

Rafael Botero

Luces de esperanza

Rafael Botero

Avant
editorial

Primera edición, septiembre de 2025
© Rafael Botero, 2025

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A, 28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

979-13-87805-32-6
THEMA: FB - FBA
DEPÓSITO LEGAL: M-20391-2025

Cuando nuestras miradas se cruzaron, algo extraño ocurrió, quedamos fijados con los ojos por unos momentos. Era algo así como un reconocimiento, aunque nunca nos habíamos visto. Luego, la dinámica de la reunión robó mi atención, quién coordinaba el conversatorio seguía hablando, pero mi mente se hallaba en otra parte. Rememoraba, sí, el recuerdo de otros ojos, de unas miradas de tiempo atrás, muchos años que volvían a reeditarse allí en ese salón.

Había acudido al evento con la intención de escuchar las exposiciones que se referían al cambio climático, todo ese fenómeno que cada vez más se evidenciaba en nuestras vidas, en nuestro entorno.

Me interrogaban aquellos planteamientos acerca de la defensa de la naturaleza, de la protección del aire y el agua. Eran demasiados los daños y afecciones que nos golpeaban, quería saber más de todo ello. A escala global empezaban a cobrar mayor fuerza las expresiones de personas, agrupaciones, instituciones y credos, referidas a la realidad del planeta, de lo que hoy ocurría y lo que podría suceder. En especial el llamamiento que hacia una niña del viejo continente se propagaba y recibía el respaldo de mucha gente.

De nuevo, busqué su mirada, pero ya ella no estaba allí, recorrí visualmente el espacio del salón para ubicarla, pero no pude verla.

Una mujer hablaba con buena entonación sobre la importancia de superar la mentalidad de desechar todo aquello que creemos inservible, la manía de botar los objetos que consideramos no tienen reparación, explicaba cómo esas prácticas acrecientan la contaminación y reducen el espacio de los seres vivos.

Cuando seguía el hilo de su argumentación, la vi, en el momento que volvió a ocupar la silla donde había estado, traía en su mano un vaso con agua, se sentó y de nuevo sus ojos se cruzaron con los míos. Una vez más sentí algo, como un pequeño corrientazo, que me asombraba y me daba una extraña satisfacción.

Las intervenciones proseguían, argumentos iban y venían, pero ya no podía concentrarme y continúe espiando su rostro a riesgo que ella captase mi actitud, lo que pensaba podría molestarla.

Su rostro era precioso, la tez era trigueña, su ensortijado cabello se adornaba con unas pequeñas trenzas, su boca era proporcionada, pero lo que más captaba mi atención eran sus ojos que tenían un especial fulgor, eran grandes y de indefinible color, semejaba una bella muñeca como las que se ven en algunas vitrinas de almacenes caracterizados por su elegancia.

El conversatorio había concluido con una invitación a una próxima sesión en otra localidad de la ciudad, donde el tema central sería la importancia del reciclaje en nuestras vidas.

En mi interior se desató el conflicto entre la timidez congénita y el afán de establecer contacto con ella, era ahora o quizá nunca, tenía que decidirme, buscar cualquier pretexto para abordarla.

Pronto, empezó el desfile de personas que iban saliendo, pude verla y con destreza me fui deslizando hacia ella, haciendo pequeñas acrobacias entre las hileras de la gente que se movía con lentitud. Sentía el galope de mi corazón y la inseguridad de que las palabras que le dirigiera saldrían atropelladas y me confundiría, haciendo que ella me mirara como un bicho raro.

Inesperadamente, me vi situado a su lado, busqué su mirada, ella con tranquilidad me observó y me obsequió una leve sonrisa que

estimuló mi decisión y haciendo acopio de fuerzas, le dije: «Estuvo bien interesante, me gustaron los aportes que hicieron»", sentía que el sudor se desprendía de mis axilas, había hablado un poco duro porque así ocultaba la inseguridad que me recorría. Ella me observó con mayor atención y dijo: «Sí, ha sido un rico conversatorio, es que es un tema crucial, ojalá y el próximo tenga el mismo nivel»

Ya, más sereno y sosegado, traté de hilvanar la conversación, para sostener ese maravilloso contacto que me estremecía y hacía que el gozo recorriera mi interior.

Mi vida sentimental había sido un fracaso, yo era un joven que tenía visiones prefiguradas de lo que era una relación afectiva, aunque las mismas experiencias algo me habían enseñado; recordé los consejos de algunos amigos que me decían que era preciso desacralizar ese mundo de los sentimientos. Unas veces, yo me había decepcionado de las relaciones que establecía, se

desvanecía el encanto inicial y aparecía una grotesca realidad que reñía con la visión que anidaba en mí. Otras veces, era yo, el que decepcionaba y sentía la sensación que produce el ser relegado, desestimado, desechado.

Eran los chispazos que me sacaban del sórdido mundo en que me sumía. De muchos entusiasmos por credos y opciones, finalmente había recalado en las posturas nihilistas, en algo de cinismo, mucho de escepticismo y desprecio por todas esas soluciones que ofrecían la redención de variadas formas.

Había ido al conversatorio, más por una curiosidad, que había crecido al escuchar repetidamente argumentos sobre el cambio climático, al constatar muchos hechos que en mi niñez y adolescencia no había percibido.

—Cuando llegué al salón del conversatorio busqué acomodarme en una de las sillas que estuviera más cerca de quienes coordinaban la reunión. Conocía a varios participantes, entre ellos

a Silvia que hacía parte de la mesa coordinadora, yo era representante del colectivo «Preservando Vida», que estaba comprometido con esas dinámicas que buscan sensibilizar a otras personas, respecto a la grave encrucijada en que nos hallamos.

Al poco tiempo de estar sentada y luego de escuchar a Silvia que hablaba sobre la reutilización y reparación de los objetos que se desechan, mis ojos se encontraron con los de él, fue algo casi magnético, no recuerdo que así me hubiese ocurrido antes, pero en un instante las miradas se entrecruzaron y conectamos nuestros ojos. Creo que ambos percibimos que era preciso romper ese vínculo y dejamos de mirarnos.

Después de ir por un vaso con agua y sentarme de nuevo, pude ver como él me observaba y detallaba. Seguramente se interrogaba por quién era yo, al igual que yo lo hacía respecto a él. Su rostro era agradable, su cabello negro estaba peinado hacia atrás, tenía una boca grande

pero hermosa y sus ojos evidenciaban un afán de preguntas que me interesaba.

Perdí un poco el hilo del conversatorio, aunque no dejaba de escuchar, al fin y al cabo, llevaba un buen rato metida en las lides ambientales y no era tan novedoso lo que escuchaba.

Al finalizar el evento, busqué la salida, caminando con lentitud por lo larga de la fila, aún pensaba en él, cuando lo vi situado a mi derecha e involuntariamente le sonreí, me habló y entablamos una corta conversación.

Al llegar a la salida, de nuevo me dirigió la palabra y me invitó a tomar un café en un sitio cercano. Acepté, entramos y nos sentamos en una de las mesas cercanas a la calle, el pidió un capuchino y yo hice lo propio.

Hacía ya un buen tiempo que me encontraba sola, no quería emprender ninguna aventura

sentimental, lo vivido con Jorge me había hecho replegar y estar un poco a la defensiva, por eso me extrañó la facilidad con que acepté la invitación, era evidente que él me atraía...

—Luego de intercambiar algunas palabras la invité a tomar un café y aceptó. Pedimos un capuchino, cuando lo saboreábamos, no sabía cómo llevar la conversación, pero por supuesto el tema de la reunión orientó el diálogo.

Ella decía, que claro, era importante hacer estas reuniones, se escuchaban posturas bien interesantes, pero lo más valioso eran pasos concretos, así fuesen pequeños. Estábamos al borde de la catástrofe. La revolución industrial y la irrupción del motor de combustión habían cambiado el paisaje humano. Se evidenciaba esto en las ciudades donde ya no cabían los carros.

Argumentaba, que era, una carrera loca estimulada por los fabricantes de autos, que propagandizaban la necesidad de ser propietario de un vehículo, diciendo que era parte sustancial de

la personalidad. Jocosamente, dijo que, Vargas Llosa debería haber escrito una novela que se llamara «La ciudad y los carros», porque esa era nuestra triste realidad, a la que se añadían cantidad de situaciones y hechos, que apuntaban a que cada vez más nos aproximáramos a un cataclismo como humanidad.

Yo la miraba mientras hablaba, captando la emoción que le producía poner en evidencia los riesgos que se ciernen sobre nuestra especie, sobre el planeta; sus ojos brillaban, con sus manos delgadas y provistas de uñas bien cuidadas, reforzaba sus palabras, yo asentía moviendo mi cabeza al ritmo de sus afirmaciones.

Captaba que no pretendía deslumbrarme ni convencerme, tampoco el suyo era un discurso aprendido en alguna de esas logias que buscan ganar adeptos. Había sinceridad en sus frases, eran expresión de reflexiones hechas por años, de inquirir e investigar sobre aspectos cruciales de nuestro vivir...

—Hablé un buen rato, dando rienda suelta a lo que bullía en mi cabeza, él era el auditorio en esos momentos, un público con el que me interesaba conectarme, ser comprendida, en esas motivaciones que hacen que nuestras vidas tengan sentido. Me miraba con expectación y expresaba con sus gestos que compartía las cosas que yo decía y me estimulaba para que mi perorata fluyera como un río de buen caudal. Cuando terminé, lancé la bola hacia él y le pregunté: ¿y tú qué piensas?...

—Pidió mi opinión sobre lo que me había expuesto, no dudé en que tenía que franquearme con ella, no podía fingir y presentarme como el paladín de las causas ambientales.

Le dije que yo era algo escéptico, que al igual que ella y muchos captaba todo ese panorama desastroso que amenazaba de muchas formas, pero que no veía medida alguna que fuera significativa, que permitiera ver que se corregía el rumbo de las cosas.

¿Cuántos encuentros, cumbres, declaraciones, movilizaciones, manifiestos y aun así el curso de los acontecimientos proseguía indetenible?...

Le expresé que en buena medida me asumía más como un nihilista, que mi fe en la especie humana era bien débil, la historia nos proporcionaba tantos ejemplos de desastres, tragedias. Teníamos un saldo rojo donde comparativamente el haber era reducido.

Ella me miró y sonrío con cierta malicia y dijo: «Bueno señor del no-futuro, espero controvertir tu punto de vista, yo no soy de las personas que lo ven todo de color rosa pero no me sumerjo en la desesperanza»

Había pasado más de una hora cuando nos levantamos y salimos a la calle, ella tomaría una ruta de bus que iba al occidente, yo iba hacia el centro, nos dimos los números de nuestros celulares y ya sabía ella que mi nombre es Alberto, yo supe que se llama Ángela, pensé que con la A se escriben ambos nombres y que A es la

primera letra de amor. Yo acostumbraba a hacer esos pequeños malabares fonéticos buscando coincidencias, una costumbre que tenía desde pequeño.

—Llegué a mi casa, saludé a mis padres que veían en la TV uno de esos programas que detesto, de crímenes e investigadores. Fui a mi alcoba, me desnudé y me puse la pijama, lavé mis dientes y me tendí en la cama rememorando ese encuentro que había sacudido mi interior.

Yo no quería saber nada más de aventuras románticas que luego se volvían en contra, lacerándome. Lo de Jorge me había vacunado, yo lo había querido, pero él jugaba a otras cosas y no estaba dispuesta a ser una entretención. No había conocido a alguien que se llamara Alberto, evocaba su figura y sus palabras, me agradaba, se veía como un hombre sincero, no era un fanfarrón ni había intentado congraciarse conmigo de inmediato, había dicho que no creía en los esfuerzos por cambiar las cosas. ¿Cuántos años

podría tener?, le calculaba que podía estar cercano a los 30; yo había desarrollado lo que mi mamá llamaba ojo clínico y por lo regular no me equivocaba. En él había madurez, le gustaba escuchar, era un hombre culto y respetuoso, eso me satisfacía.

—Madrugué como de costumbre, me bañé y vestí con prontitud, luego bajé al comedor donde Lola había servido el desayuno que apuré con prisa. Mi madre aún dormía y mi hermana ya había salido para el trabajo. Salí a la avenida y caminé las cuadras que me separaban de la oficina donde laboraba; servía como abogado principiante en aquel bufete donde un tío me había recomendado. Me especialice en el derecho civil e iba conociendo cada vez más ese universo árido de escrituras, linderos, posesiones, pleitos de diversa índole, embargos, no lo hacía mal y así pasaba los días sumergido en esos cartapacios, escuchando a quienes acudían al despacho para iniciar o responder un pleito.

Cuando terminé el bachillerato, pensé, que el derecho era la carrera que respondía a mis inquietudes, una disciplina regida por nociones de justicia y transparencia, claro, cuando supe lo que en realidad era, en este medio, valoré abandonar y buscar otro destino, pero no tenía claridad cuál podía ser, además eran las necesidades familiares que apremiaban, no podía defraudar a mí madre.

En la oficina, muchas veces, me sentía como ese Bartebly del cuento de Melville o me identificaba con Kafka, en su angustia, cuando se desempeñó como escribiente. Me recorría un escozor, mi estómago se hacía eco de esa sensación de vaciedad, miraba este mundo como un escenario sin sentido, un sufrir inexplicable.

¿Como y por qué tenía tan introyectada esa actitud de incredulidad, de pesimismo sobre el acontecer humano?, ¿por qué no tenía yo la chispa para acometer empresas encaminadas a cambiar las cosas y me hundía en la incredulidad, incluso en desdeñar las iniciativas de otros?... no sé

qué había incidido en mí para que pesaran esas cargas, esa visión nebulosa que todo lo reducía a una fantasmagoría, que me apesadumbraba y me llenaba de incertidumbre.

—Me levanté temprano, me duché y busqué la ropa que me pondría. Desayuné sola porque mis padres habían salido a caminar como todos los días. Salí a la calle y anduve varias cuadras para tomar el bus que me llevaba cerca del colegio, donde era profesora de artes.

Estaba un poco retrasada, cosa que me ocurre muchas veces, y por eso caminé con rapidez. En ocasiones los alumnos ya me esperan, pero no me hacen reproche alguno, mi relación con ellos es muy amistosa y nos entendemos bien.

Mi clase se salía de los moldes tradicionales, yo procuraba despertar su imaginación, su creatividad, que fueran irreverentes, que se cuestionaran sobre verdades establecidas y normas prefiguradas.